

# ELECCIONES EN EE.UU.: NUEVAS CARAS Y VIEJAS ELITES

Nicolás Lynch

**L**a peculiar forma de hacer política en los Estados Unidos encuentra un ejemplo especialmente interesante en la actual campaña presidencial. Los Estados Unidos son el caso paradigmático de lo que la ciencia política llama «democracia de elites». Es decir, un sistema en el que lo fundamental es la competencia entre las elites políticas para hacerse elegir por los ciudadanos. El papel de éstos es subordinado; los candidatos y temas de las campañas se determinan antes por el dinero de quienes las pagan que por los intereses de los electores. Esta campaña, sin embargo, presenta serios desafíos al sistema, y revela, con ello, la naturaleza de un elitismo que por lo general permanece oculto para las mayorías.

## LA CRISIS INTERNA

Lo primero que hay que tener en cuenta es el fin de la guerra fría. Sin «ogro soviético» para usar como chivo expiatorio, la discusión se centra en los problemas domésticos.

Segundo, la crisis económica, consecuencia de doce años de política neoliberal que ha sumido al país en una recesión que va por los dos años de duración. A fines de julio el propio gobierno de Bush debía aceptar una reducción del producto bruto interno en -1.6% en el último trimestre.

Tercero, la crisis social consiguiente, que amenaza la ilusión del «sueño americano» ya no sólo para las minorías étnicas

negra y latina y los blancos pobres —desigualdad con la que la abundancia sabía convivir—, sino para los blancos considerados de clase media, que habían logrado incorporarse a ésta varias generaciones atrás y consideraban su condición y estatus garantizados.

La base social del actual descontento hay que buscarla precisamente en el deterioro del nivel de vida de esos estratos sociales, como consecuencia de las políticas neoliberales de reconcentración del ingreso.

Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal (Banco de Reserva) de EE.UU., hablando ante el Congreso a mediados de julio, llamó la atención acerca de la existencia de un sentimiento generalizado de que el país se encuentra en un estado de deterioro interno. Este sentimiento se expresa en la inseguridad respecto a los valores que cimentaron la prosperidad norteamericana en este siglo y en la comprobación del grado en que han venido a menos servicios esenciales como la educación, la vivienda y la salud.

A lo que se agrega la creciente división del país en dos mundos distintos. Uno, el mundo de los suburbios, donde vive la mayoritaria clase media, indiferente hasta hace pocos años, antes de que la crisis empezara a tocar a sus puertas y se viese en la situación de no poder pagar las hipotecas de sus casas ni las cuentas de las tarjetas de crédito. Otro, el mundo de las grandes ciudades, habitado por los po-

bres y las minorías, donde arrecian la frustración y las drogas, lo que da lugar a explosiones de descontento social, como las del mes de mayo en Los Ángeles. Los primeros miran a estos últimos horrorizados, y el país empieza a escindirse gravemente.

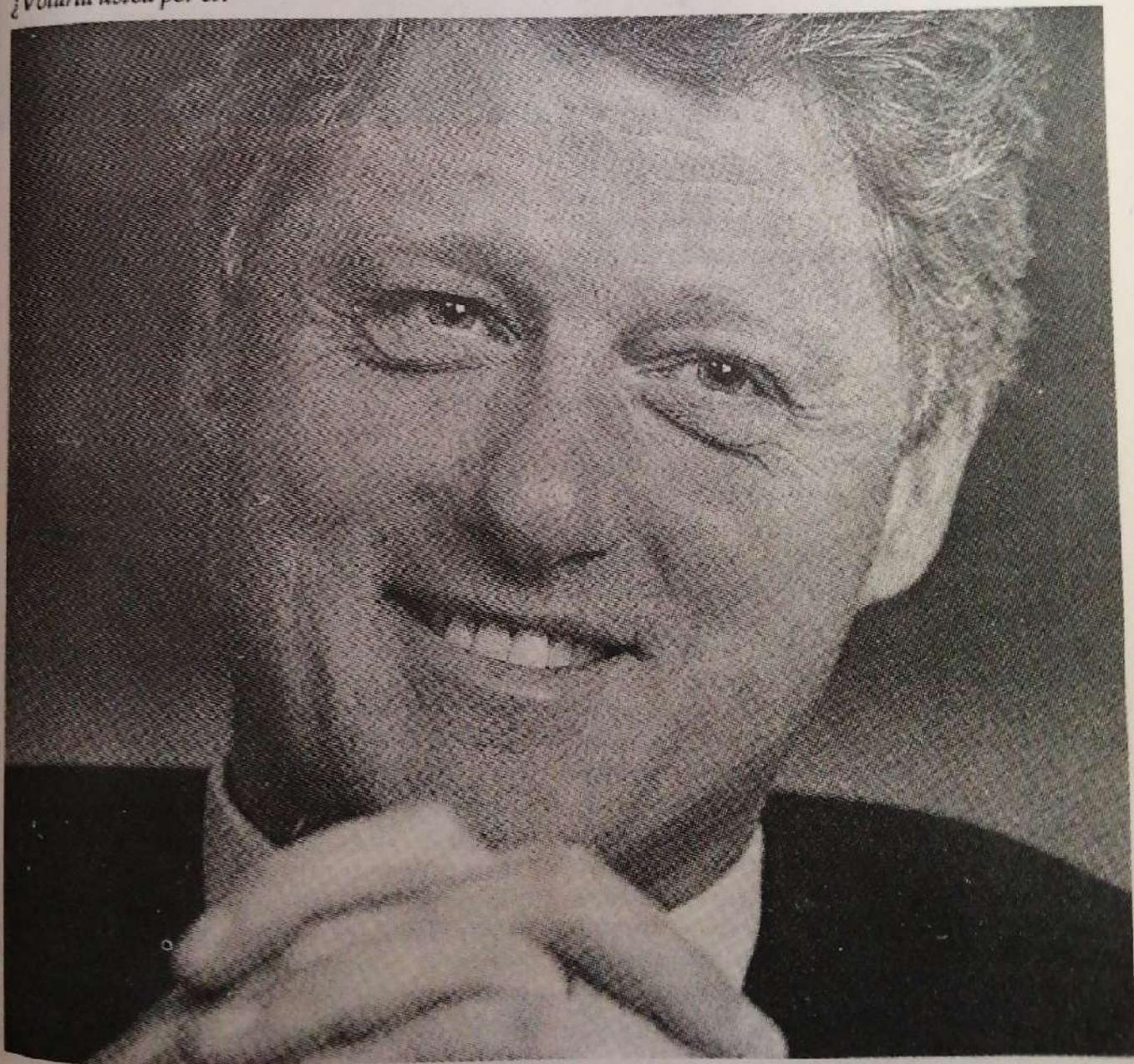
### EL IMPACTO DE PEROT

En estas condiciones surge el fenómeno Perot (ver *Quehacer* 77: «¿Vale un Perot?»), como reacción frente al deterioro del sistema e intento de revertirlo (desde dentro) usando el discurso del sueño americano. Perot se presenta como el «hombre común» que «se hace solo», construyendo con mil dólares que le presta su mujer un imperio en la industria de las computadoras.

El mensaje es sencillo: el hombre común y corriente puede hacer plata de la nada e incluso llegar a candidato a la presidencia. Pero para que, hoy, esta realidad se multiplique, hay que deshacerse de los políticos corruptos de Washington que, al alejarse de la gente, se despreocupan de sus problemas y recortan las oportunidades. Este guión ya lo conocemos en casa: es la política de la antipolítica, de quien pretende eliminar intermediarios partidarios acusándolos —sin distinciones— de corruptos y aspira a erigirse en el supremo intérprete del pueblo.

Perot, sin embargo, es víctima del propio sistema (rígidamente bipartidista) que cuestiona, y ante las dificultades para hacerse su propio espacio en él, opta por retirarse. Pero el asunto ya estaba

*¿Votaría usted por él?*





«Parecen estrellas de cine».

planteado, y no por ningún radical: el sistema lo manejan elites para su propio beneficio, sin contacto con el vasto público.

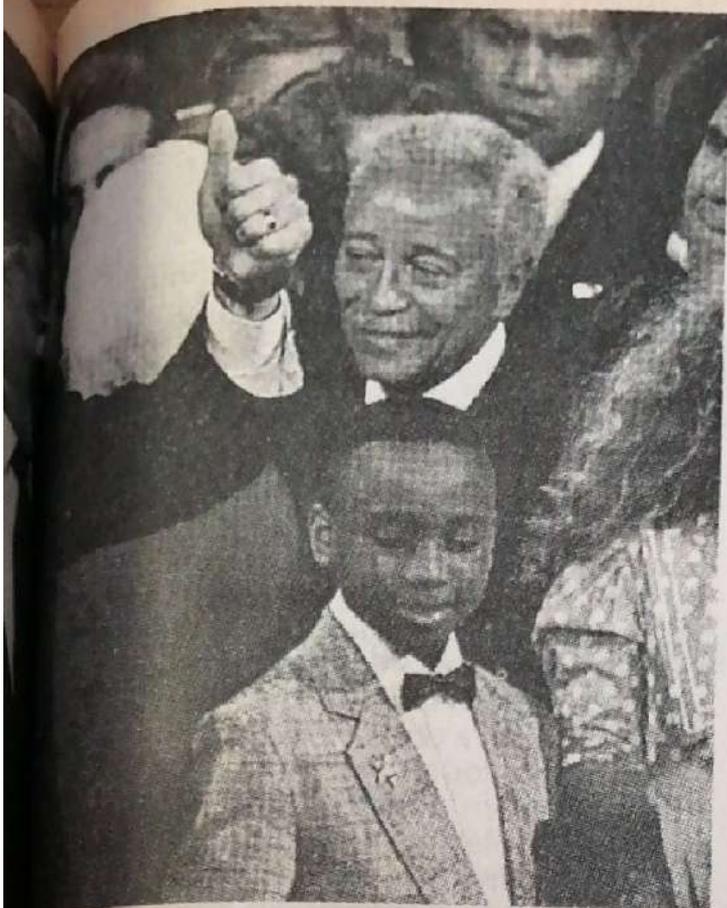
### LAS NUEVAS CARAS DE LA ESPERANZA

En los partidos tradicionales, Demócrata y Republicano, las campañas no se habían caracterizado por novedades espectaculares. Al igual que en anteriores elecciones primarias en la década de los 80, los demócratas no presentaban ningún candidato «brillante» que se distinguiera claramente de los demás. Salvo la excepción de Jesse Jackson, quien por ser negro y demasiado radical tenía perdida de antemano toda posibilidad.

Los republicanos, a su vez, habían capturado, desde una posición archiconservadora, las expectativas de la clase media blanca; reeligieron a Reagan y luego confirmaron esa tendencia con Bush. Esta elección no ha sido una excepción, salvo que las condiciones, como anotáramos, han cambiado. Y son estas nuevas condiciones, y no al revés, como quisiera vender la televisión, las que hacen las (necesarias) nuevas caras.

Las novedades no terminan con el retiro de Perot. La Convención Nacional del Partido Demócrata eligió como candidatos a la fórmula Clinton-Gore, de tendencia más bien conservadora si nos atenemos a los antecedentes de los personajes, pero con un discurso diferente al que dominara la política estadounidense en los 80. En sus discursos de aceptación, los problemas domésticos acapararon el guión, con el tema económico en primer lugar, condensado en un eslogan interesante: «Trabajos bien pagados para los americanos». O sea, no sólo trabajo (que hubiera sido una forma de interesarse por los desempleados), sino trabajo bien pagado, lo que alude al grave deterioro de los ingresos en los sectores que se consideran de clase media.

Haciéndose eco del fenómeno Perot, menudearon también las referencias a las minorías ricas beneficiadas por los doce años de predominio republicano. La dupla demócrata se pronunció asimismo a favor del derecho de la mujer a decidir sobre el aborto, rechazando el chantaje moralista de los sectores más conservadores de los Estados Unidos, que se han



puesto en campaña para revertir este importante derecho conquistado en los años recientes.

Por último, especial mención mereció el tema ecológico y la escasa voluntad política de los republicanos para aplicar las leyes ya existentes, con la ineludible crítica a la política depredadora de las grandes corporaciones.

El tema de las drogas, y esto es algo que a un peruano le sorprende sobremedida, estuvo relegado a un segundo plano y hubiera pasado inadvertido si no fuera por una mención marginal de Clinton.

La cuestión internacional prácticamente no fue abordada y sólo se la mencionó en referencia a la economía doméstica, en cuanto a la necesidad de contar con una economía fuerte para tener una presencia internacional respetable. (No está demás señalar que tanto Clinton como Gore apoyaron a Bush en la guerra contra Irak.)

Pero el discurso programático poco podría definir por sí solo en una elección —sobre todo en un país que vive con el televisor prendido— si no viniera acompañado de nuevas imágenes. Comentando

la portada de *Newsweek* y de *Time* en la semana de la Convención, que traía una foto de ambos candidatos, una amiga me decía: «parecen estrellas de cine».

En efecto, Clinton y Gore son candidatos con algo más de cuarenta años, que representan a una generación más joven que el promedio de la actual clase política, a los llamados *baby boom*, nacidos en la gran explosión demográfica posterior a la Segunda Guerra Mundial (entre 1945 y 1963). Esta es la generación rebelde de los 60 y 70, que fue a Vietnam, se opuso a la guerra, practicó el amor libre y fumó marihuana. Ambos candidatos reconocen haberla fumado. La misma generación que hoy, pasada ya la primera juventud, acepta también, tal como admitió Gore, que alguna vez ha requerido ayuda psicológica.

En la clausura de la Convención Demócrata ambos candidatos se pusieron a hacer *boogie* (bailar rock) con sus esposas frente a cámaras. Qué mejor manera de expresar estos rasgos generacionales. Sin embargo, junto con esta imagen cool (bacán), traen también su antídoto: son blancos, moderados y sureños, como para que nadie se asuste de mucho liberalismo.

Por lo demás, la Convención se manejó con mano de hierro. Esto fue posible porque la fórmula Clinton-Gore llegó al evento con mayoría absoluta de delegados. No se permitió dirigirse al pleno a ningún líder que no endosara previamente la plancha ya decidida. Como se ve, no sólo en nuestros lares se cuecen habas. Los demócratas salieron así de la Convención con una aureola de fuerza y unidad de la que carecieron en la última década, aventajando de inmediato a Bush por veinte puntos en las encuestas.

## UN PRESIDENTE EN PROBLEMAS

En el bando republicano las cosas andan mal. Bush no se puede recuperar del daño causado por su política neoliberal que ha llevado a la actual recesión; y su vicepresidente, Dan Quayle, que no sabe deletrear «papa» en inglés, no constituye precisamente una ayuda. La popularidad alcanzada tras imponer la «Pax Americana» en el Golfo Pérsico fue flor de un día, y en las últimas semanas hasta Hussein se ha dado el gusto de desafiarlo en las Naciones Unidas. Simplemente no tiene

«caballito de batalla» para atacar a sus opositores; fiel reflejo de una sociedad en crisis que no encuentra orientación a pesar de haberse quedado sin rival ideológico a raíz del colapso comunista.

## ¿QUÉ CAMBIARÍAN LOS DEMÓCRATAS?

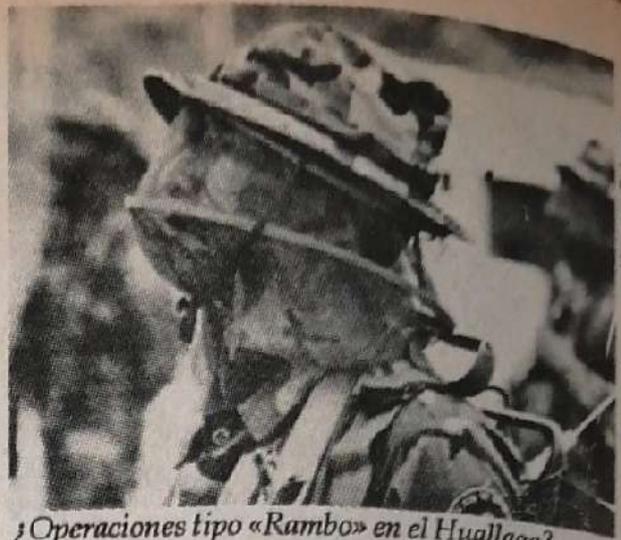
¿Qué puede suceder de aquí a noviembre? Salvo otra guerra, que no parece probable, aunque Saddam Hussein no deja de dar motivos, la suerte estaría echada y los demócratas volverían a la Casa Blanca.

¿Qué diferencia puede significar este cambio? Parecería que sobre todo doméstica. Habría un énfasis significativo en reactivar la economía interna y proveer, sobre todo, empleos mejor pagados a los norteamericanos. Cuestión, ésta, central del programa económico demócrata, en la creencia de que ello permitiría recuperar el alicaído consumo. Asimismo, se ampliarían los servicios sociales, en especial la cobertura de salud, en lo que Estados Unidos es hoy gravemente deficitario. El dinero provendría de un importante recorte en el presupuesto militar y de mayores impuestos a los ricos. Además, se promete devolver derechos laborales y civiles arrebatados por los republicanos y prestar atención a las minorías.

Resulta interesante que este énfasis en servicios sociales no significaría, según dicen, una vuelta al Estado de Bienestar clásico de la época roosveltiana, criticado por dispendioso y caritativo. Más bien, se buscaría incentivar la reabsorción del desempleo a través de programas de reentrenamiento y de un esfuerzo conjunto con organizaciones de base.

En política exterior, la diferencia sería mínima. A pesar de todos sus problemas, terminada la guerra fría, Estados Unidos quedó dueño de la pelota y nadie aquí quiere soltarla. Es posible, sin embargo, una mayor dureza frente a Japón en procura de equiparidad en el intercambio comercial, al igual que una mayor flexibilidad en las negociaciones del tratado de libre comercio con México y Canadá con vistas a una mayor protección mutua de sus economías nacionales.

En cuanto al Perú, quizá ya la administración Bush se ha manifestado parti-



Herman Schwarz

¿Operaciones tipo «Rambo» en el Huallaga?

cularmente dura frente a dictadores como Fujimori. Lo que se podría esperar de los demócratas es que fueran consecuentes con esta dureza, cosa que parece plausible. La posibilidad de que de allí se pueda avanzar a otros terrenos de cooperación, sobre todo en el tema del narcotráfico, parecen desafortunadamente remotas. Más bien, no deja de ser preocupante la tentación por acciones tipo «Rambo», es decir invasiones rápidas (tipo Panamá) en lugares conflictivos, como lo han sugerido, no hace mucho, representantes demócratas en relación al valle del Alto Huallaga en el Perú, y el propio candidato demócrata Clinton, a fines de julio, en referencia al cerco serbio de Sarajevo.

Por ahora a estos señores sólo parece interesarles su hegemonía mundial con una buena dosis de retórica democrática. Esta última es a veces útil para restaurar el imperio de la ley, lo cual parece ser la tendencia en la última década; pero la historia anterior y algunos ejemplos recientes (Turquía, Granada, Panamá) también muestran que sirve de cortina de humo para proteger grandes intereses.

Sin embargo, luego del retiro de Perot, es esta fórmula de «buenos muchachos» la que encarna las esperanzas de reforma de un amplio sector de la sociedad norteamericana. Si ganaran y su política no trajera un cambio de rumbo capaz de remontar la actual crisis, podría originarse un descontento mayor que golpearía seriamente al sistema bipartidista y a su exclusiva clase política. ■

Nueva York, primera semana de agosto de 1992.